

Conclusión

Alejandro A. Coronel y Marcelo J. de los Reyes

La situación político-institucional africana de comienzos del tercer milenio no se diferencia en demasía de la situación de 40 años atrás.

Ha pasado ya una década desde lo que muchos llaman la segunda independencia africana. El resultado de este proceso de democratización ha sido, cuanto menos, errático y variado.

A pesar de ello, las circunstancias, los cambios y los actores intervinientes han sido bastante homogéneos. Lo que se puede observar es que tanto en el sector externo, como en el interno y en lo económico hubo, a fines de los ochenta y principios de los noventa, una fuerte confluencia de cada uno de estos ámbitos hacia una apertura política que confluyen en el fin de los regímenes que mantuvieron una política de expoliación y dieron como resultado el reinicio de la democratización de las sociedades, proceso que había quedado trunco desde los primeros años de la experiencia poscolonial de los sesenta.

Si analizamos los factores externos el caso de Francia puede ser considerado caso testigo. El fin de la Guerra Fría y el nuevo orden mundial emergente permitieron que los ojos de las ex metrópolis y del resto de la comunidad internacional –donantes financieros en particular– pudieran ver, por un lado, las atrocidades de muchos líderes/dictadores financiados por ellas y sostenidos técnica, militar, política y económicamente y por otro, la ineficiencia de los créditos para el desarrollo, los cuales terminaban de hecho siendo el medio para ejercer y mantener un sistema político de tipo patrimonialista, prebendista y corrup-

to, lo que incluye también el engrosamiento de las cuentas bancarias en el extranjero de los líderes de estos estados.

Podríamos decir entonces, que la caída del bloque soviético como amenaza real –ideológica, estratégica y militar– actuó como el verdadero catalizador para que lo que muchos sabían y toleraban como el “mal menor” fuera reemplazado por algo “mejor”. La *Baule Francophonique* de junio de 1990 fue un ejemplo emblemático de todo este proceso. Sin embargo, la modificación de las políticas de las ex metrópolis y de la presión de la comunidad financiera donante poco efecto hubieran tenido sin la complementación de los esfuerzos por parte de las sociedades africanas.

Pero para analizar la participación de las sociedades africanas en este proceso de apertura y consolidación democráticas y trazar algunas perspectivas, podemos hacerlo desde dos enfoques complementarios: qué piensa, cómo concibe al concepto ‘democracia’ el ciudadano común y cómo el entretejido de la comunidad organizada, es decir la sociedad civil, contribuyó y contribuye a fortalecer la vida institucional democrática.

Es de suma importancia el análisis acerca de cuál es la concepción de ‘democracia’ por parte de la ciudadanía de los diferentes estados africanos. Así, ese concepto fue subagrupado en dos conteniendo, por un lado a todas aquellas referencias/concepciones que estuvieran ligadas a cuestiones de naturaleza política –libertad de expresión, de voto, de reunión, por nombrar sólo algunos– y por otro, todas aquellas que vincularan a la democracia con la demanda por mejoras en las condiciones materiales de vida, es decir, de naturaleza económica.

Con respecto al primer enfoque, los números expresados para Sudáfrica y, sobre todo, para algunos otros países como Zambia y Ghana, muestran dos cuestiones de suma relevancia. En primer lugar, las muestras indican que hay una mayor proporción de aquellos que vinculan a la democracia con contenidos netamente políticos que los que la vinculan con lo económico. En

CONCLUSIÓN

segundo lugar, que el sistema democrático es mayoritariamente aceptado como el sistema bajo el cual vivir, aun bajo situaciones económicas que no sean las esperadas por las mayorías.

Estos dos puntos sí pueden ser considerados como variables altamente condicionantes para el futuro democrático del continente. Si bien el continente africano se sigue debatiendo entre avances y retrocesos de la consolidación democrática aun a una década de haber comenzado, estos altos niveles de compromiso de la ciudadanía marcan que, más allá de los desempeños de los distintos gobiernos democráticos, en aquellas sociedades que han experimentado las libertades civiles y políticas, muy difícilmente se pueda volver al pasado. En verdad, aquellos países que siguen bajo una situación de irresolución o disolución institucional son, en una brumadora mayoría, quienes no han experimentado un proceso de transición democrática. Como ejemplos podemos citar a la actual República Democrática de Congo –ex Zaire–, Angola, Somalia, Costa de Marfil y también, dentro de las particularidades del caso, Liberia, Sierra Leona, Rwanda y Burundi.

Sin embargo países como Namibia, Malawi, Tanzania, Zambia, Mozambique, Kenya, Senegal, Ghana, Guinea y Sudáfrica muestran que, aún en fase de consolidación democrática, los desafíos planteados por los gobiernos democráticos se ubican más en términos de mejorar y/o superar sus propios obstáculos –esto es, combatir los altos niveles de corrupción estatal, mejorar las prestaciones de servicios tanto en calidad como en asegurar accesos básicos de los mismos a las mayorías postergadas– que en demostrar que es mejor que otros sistemas que pudieran presentarse como alternativos o al menos capaces de desafiar al sistema democrático.

Sin pretender hacer de “futurólogos”, podemos admitir que, a diferencia de otros tiempos, la democracia y las libertades políticas y civiles tienen altas probabilidades de consolidarse en aquellos países que hoy gozan de la misma. Como contraparti-

da, aquellos países que hoy se rigen bajo sistemas autoritarios – en cualquiera de sus manifestaciones– parecieran tener hoy menos probabilidades de realizar un viraje o retorno hacia la democracia que hace una década. Pareciera mostrarse una tendencia dentro de la comunidad internacional, no sólo a desinteresarse por la región sino lisa y llanamente a abandonarla a su suerte.

Así, las misiones de paz como la de ECOWAS en Sierra Leona o la desplegada en la República Democrática de Congo para sostener a Kabila, nos marcan una tendencia en este sentido. Una primera visión nos marca que muy difícilmente puedan los Estados democráticos africanos ayudar a la defensa, instauración y/o consolidación democráticas cuando se encuentran, a menudo, superados por sus propios asuntos internos.

De esta manera, el riesgo de esos países no es tanto el de llegar al modelo nigeriano de gobiernos militares con breves períodos democráticos sino el de seguir el camino de Somalia, donde el concepto de Estado, hoy por hoy, es simplemente una entelequia plasmada en los planos cartográficos.

Pareciera ser entonces que, una vez más, gran parte del futuro de una cantidad de países depende lisa y llanamente de las decisiones de la comunidad internacional. En la medida en que estos países puedan mostrar alguna importancia regional y/o internacional –situación cada vez más improbable en este escenario globalizado–, los destinos de estos Estados pueden contar con alguna chance de sobreponerse al estado de anarquía actual; caso contrario, serán objeto de estudio de un nuevo proceso politológico: la disolución del Estado, no para formar entidades supranacionales sino para desvanecerse en la nada.

Ahora bien, estas influencias externas e internas, tomadas como las actitudes y conceptos democráticos sostenidos por los ciudadanos, serán incompletos si no analizamos la conformación de la sociedad civil.

CONCLUSIÓN

A este respecto, y siguiendo una noción general de sociedad civil entendida como ese entretejido conformado por encima del individuo pero por debajo del nivel estatal, es dable destacar que las sociedades africanas se enfrentan a un doble desafío. Por un lado, el de introducir las redes sociales en la relacional Estado-Sociedad-Individuo.

Efectivamente, el auge de los gobiernos autoritarios hizo que el ciudadano africano desistiera de conformar una sociedad civil fuerte para hacerlo frente al Estado y a sus dirigentes ambiciosos e inescrupulosos, pero no pudo evitar que el individuo africano constituyera una extensa red social y económica que le permitía subsistir ante un estado predador.

La utilización de términos como **ciudadano** e **individuo** no es azarosa; denota la intención de los seres humanos para construir dentro o fuera del Estado, a pesar de él.

Esto último fue lo que aconteció en el África poscolonial. Se conformó una red social que trató por todos los medios de subsistir, crecer y evolucionar completamente por afuera del alcance del Estado, que tejió la contención de una sociedad rural expoliada alimentando en lo económico, una economía que Hyden llama de *affection*¹, la cual era regulada por leyes totalmente diferentes a las de la teoría del mercado.

1 Hyden utiliza el concepto de economía de '*affection*' para describir el hecho de que el concepto de gobierno debe trascender la dicotomía Estado-Mercado, brindándole la misma importancia a los factores endógenos e informales de la producción que a los exógenos y formales. Es justamente el estudio de estas formas endógenas de producción lo que muestra una forma de producción que da surgimiento a actividades económicas que involucran lazos personales y afectivos con sus comunidades y obligaciones religiosas. Esta economía no es igualitaria pero la diferencia entre ricos y pobres se da en quién tiene más que el otro, no en el dominio de los medios de producción como en el caso de las sociedades capitalistas. Asimismo, las relaciones sociales en esta economía están determinadas por una lógica que sirve para alcanzar la seguridad y la recompensa mutua, acorde a específicos criterios de niveles de desempeño. El principal comportamiento social es la solidaridad.

Por lo tanto, el primer desafío no pasa por construir de la nada sino por incorporar a lo que, por años, creció huyendo del alcance del Estado, como una instancia intermedia en la relación Estado-Ciudadano. La capacidad para construir redes intermedias por parte de los africanos ha quedado más que demostrada.

El segundo de los desafíos antes enunciados es el de consustanciar a estas redes sociales que conforman la sociedad civil, de valores comprometidos y acordes a la democracia. Será, entonces, este compromiso del conjunto social con este estilo de vida y de gobierno democráticos, los que actuarán como resistencia para todo intento por reinstaurar gobiernos autócratas.

Ahora bien, siguiendo la asociación más arriba utilizada entre democracia y valores políticos y/o económicos, nos resta hablar sobre estos últimos. Pareciera ser que hoy por hoy el pobre desempeño económico de las nuevas democracias africanas no logra restar en la misma magnitud de los valores políticos.

En otras palabras, podríamos decir que, afortunadamente y en términos generales, todavía no hay una fuerte asociación entre apoyo al sistema democrático y desempeño económico.

La situación de marginalidad que África ocupa en el comercio internacional, su rol de proveedor de *commodities* –alimentos o minerales– que siguen sufriendo una caída en los términos del intercambio, el peso de la deuda externa, países sin escala de producción y Estados con las arcas absolutamente vaciadas por los gobiernos autoritarios anteriores, son condiciones extremadamente duras como para que en el corto plazo puedan revertirse estos desequilibrios.

El alivio de la deuda externa – o de parte de ella– de los países más pobres por parte de los acreedores ricos con motivo del Jubileo 2000, actúa sólo en lo contable, ya que esos países son tan pobres que en verdad esta quita no implica otra cosa que

CONCLUSIÓN

seguir siendo inviables y continuar endeudándose, sólo que a un ritmo menor. En otras palabras: es un acto simbólico que intenta ocultar la historia de despojo a la que fue y sigue siendo sometida el Africa toda.

Por otro lado, se ve improbable, en el corto y mediano plazo, la industrialización para la producción de bienes intermedios –mucho menos de capital o de punta– que actúen como potenciadores del desarrollo económico, de la incorporación a los mercados internacionales y de la participación con un nuevo rol en la sociedad globalizada.

Los procesos de integración tienden, entre otras cosas, a la conformación de bloques regionales que brinden esa dimensión de escala que la mayoría de los países no pueden adquirir por sí mismos.

Sin embargo, la unión de varios países pobres –por no decir pauperizados– no hace que una región sea menos pobre *per se*. En tanto y en cuanto los países de las regiones sigan siendo competidores –no complementarios–, el comercio intra y extra regional no aumentará como en los casos de la Unión Europea o, en una medida más cercana a la realidad africana, como en el caso del Mercosur.

El caso de SADC (Southern African Development Community) podría mostrar una mejor perspectiva que el resto de las iniciativas integracionistas. Sin embargo el papel hegemónico de Sudáfrica hace que los desequilibrios en las balanzas de intercambios transformen a esta región en un apéndice de la producción de ese gran motor que es Sudáfrica.

Por último observaremos la relación entre Argentina y Africa. Los números nos muestran cabalmente que Africa tiene una importancia relativa para el comercio de nuestro país; pero la cuestión no debe pasar sólo por lo mercantil.

Primeramente nuestro país debe entender que ya es tiempo de que se avance estratégicamente en una perspectiva Sur-Sur

que, sin intentar reemplazar la relación con Europa y/o Estados Unidos, tenga un carácter complementario.

Si la regionalización es la respuesta que los Estados encuentran al ya consabido proceso de globalización, el Mercosur debería ver al SADC, bien como otro de los bloques con quien negociar, o bien como la próxima región con la cual ampliar su ámbito de operaciones transformando al Atlántico Sur en el nuevo eje o área de cooperación.

Para que esto sea posible será fundamental reconsiderar dos aspectos en lo que a nuestro país se refiere. En primera instancia, que se entienda definitivamente que, si efectivamente comprendemos el significado de la globalización, no podemos seguir relegando nuestros vínculos con vastas regiones de este escenario único a una mera entelequia, para lo que también será necesario comprender que por mínimo que sea el nivel de intercambio éste puede, y debe, reforzarse.

En segunda instancia, se hace necesario modificar la 'tradicional' postura argentina de ver a los países africanos pura y casi exclusivamente como 'muchos votos' en los foros internacionales.

Es menester para nuestro país una formulación de una fuerte política Sur-Sur que intente seriamente atenuar las diferencias entre un Norte que acumula más y más y que se va cerrando al resto del mundo con autosuficiencia y un Sur que no deja de ver cómo el futuro se presenta a manera de un tiempo en donde no hay lugar que ocupar ni rol que cumplir.

En otras palabras, el nuevo milenio se nos presenta como dos caras de una misma moneda. Este será, sin duda, el momento en que Africa cumplirá con el llamado "renacimiento africano" o sucumbirá como un agujero negro en el planeta. Verdaderamente, lo que se presenta como escenario probable es el de un continente subsumido en sus fatalidades, con la excepción de algunos países que logren evitarla, demostrando que Africa y su gente pueden encontrar respuestas democráticas a los proble-

CONCLUSIÓN

mas autoritarios que propios y ajenos sembraron durante tanto tiempo.

Pero si una de las caras de esa moneda es la del restringido renacimiento africano, la otra se refiere a nuestro país. Sin pretender enunciar “la” solución o “la estrategia global” a formular, es necesario entender que si deseamos trascender más allá de nuestra importancia periférica actual, debemos llevar a cabo cambios importantes en nuestra relación con el resto de la comunidad internacional, lo que debe incluir a nuestra relación con el continente africano.

En otros términos, si una de las caras del nuevo milenio es el deseado y postergado “renacimiento africano”, la otra, la que se refiere a nuestra relación con Africa y dentro de un marco Sur-Sur, no deberá ser otra que la del redescubrimiento africano.